manchada. Aquel día me habló con ardor de un mosaico romano que acababa de ser descubierto en Lambessa y del cual le habían enviado una copia a la acuarela. Habló del Imperio, cuya caída deseaba y anunciaba; mostró curiosidad por un libro nuevo que tenía bastante resonancia, y cuando ya se había despedido y se alejaba de mí, de pronto volvió sobre sus pasos y me dijo:

—Haga usted el favor de ir a verme; necesito hablarle. Varios amigos publicamos por cuadernos, en casa de un editor importante la vida de los pintores, porque la obra de Carlos Blanc ya es insuficiente. Echamos sobre nuestros hombros una pesada empresa. Usted puede servirnos para reunir elementos, corregir pruebas, colaborar en caso necesario, ser en nuestra empresa lo que en una revista el secretario de Redacción. Será un trabajo difícil, un trabajo constante para usted, pero supongo que ha de hacerlo con gusto. En cuanto a honorarios, corresponde al editor tratarlo con usted. Ha montado en su casa una oficina especial.

A los tres días me hallaba en posesión de un empleo muy grato para mí, poco durable para llenar mi vida entera, pero conveniente, porque me proporcionaría otras ocupaciones conformes a mis gustos. En casa de un importante librero del barrio de Saint-Germain, me dispuse a trabajar rodeado por bellas fotografías de Saskia, de Labinia, y del *Hombre del guante desgarrado*.

XVI

EL SEÑOR INGRES

Las artes me apasionaban. Como para ir al Louvre desde mi casa no tenía más que atravesar el Sena, iba todos los días, y puedo afirmar que mi juventud floreció en un palacio espléndido. Para ser justo con mis profesores debo decir que gracias a ellos pude comprender el genio griego, que ellos no comprendían. Entretuve muchas horas en el Museo Campana que acababa de instalarse, y en las salas de vasos griegos, llamados entonces por muchas personas vasos etruscos. En las pinturas que los decoran aprendí a descifrar las formas bellas, y de este modo logré, sin proponérmelo, comprender el genio de Ingres.

No se debe decir que Ingres nos instruyera en el dibujo antiguo. No lo pretendió. Sus procedimientos son los de su época; pero se advierte en las obras de los griegos un gusto que reaparece sin duda en la obra de Ingres. El entusiasmo es abundante y diverso en un alma de veinte años. Admiré a Delacroix. La capilla de los ángeles de Saint-Sulpice me maravilló, y cuando me decían que la

pintura mural exige menos relieve, más quietud, yo juzgaba un hermoso delirio encerrar en veinte pies cuadrados pórticos magníficos, caballos, ángeles, montañas, árboles frondosos, lejanías luminosas, y el cielo. Agradezco a los dioses que me permitieron conocer a Delacroix; pero Ingres me inspiraba un sentimiento más poderoso: el amor. Yo sabía que su arte, muy elevado, no era fácilmente comprensible, y me gustaba comprenderlo. Sólo el amor realiza tales milagros. Admiré aquel dibujo rayano en la perfecta belleza porque se ciñe al natural, y amé aquella pintura, la más voluptuosa y sensible de todas, con una gravedad magnífica. Ingres vivía a doscientos pasos de mi casa, en el muelle Voltaire. Yo le conocía de verle. No le abrumaba el peso de sus ochenta años, porque la vejez, que para los hombres ordinarios representa decrepitud, para los hombres de genio se convierte en apoteosis. Al encontrarle, yo le imaginaba seguido por el cortejo de sus obras maestras, y esto me conmovió.

Asistí al teatro del Chatelet cuando presentaron por vez primera la *Flauta encantada*, con la Nilson. Yo disponía de una butaca de orquesta. Mucho antes de alzarse el telón la sala estaba rebosante de público. Vi a Ingres avanzar hacia mí. Era él, con su cabeza de toro, sus ojos negros y penetrantes; de poca estatura pero erguido y firme. Todo el mundo conocía su afición a la música, y se hablaba risueñamente de su violín. Comprendí que no encontraría un asiento, y me propuse ofrecerle el mío; pero no me dió lugar.

—Jovenzuelo—me dijo—, cédame usted su butaca; soy el señor Ingres.

Me alejé radiante de gozo; el augusto anciano me había hecho el honor de dirigirse a mí. Aquella elección colmaba mi orgullo.

Hay otro pintor de la escuela francesa, que supo revivir algo de la belleza antigua: Poussin. Es clásico por la disposición de una escena, por las actitudes y el estilo de las figuras; pero sólo Ingres nos ofreció en su dibujo el sensualismo pagano. No se aproximó a los antiguos por el estudio incierto de la arqueología, sino por la genial adivinación.